



DEL AYER HACIA EL MAÑANA

El día 18 de julio de 1936, hace hoy exactamente veinte años, publicó el General Franco su manifiesto de rebelión, en cuyo documento, después de criticar, entre otras cosas, lo que llamó « eclipse total de la Constitución » —, « que era, en nombre del pueblo, el Código fundamental de nuestras Instituciones », según palabras textuales — y unos « pactos electorales hechos a costa de la integridad de la propia Patria », ruines falacias de imposible demostración, se llegaba a la conclusión bélica de que no se podía « consentir un día más el vergozoso espectáculo que estábamos dando al mundo ».

Con base tan deleznable se metió a España en el infierno de la más espantosa guerra que ha sufrido durante el transcurso de su larga y dolorosa historia. No había entonces en el país otras perturbaciones que las provocadas conscientemente por los cuadros de choque de Falange Española, fieles a la doctrina de violencia fascista que inspiraba la táctica de sus jefes. La dialéctica de las pistolas, que había proclamado José Antonio Primo de Rivera, era su dialéctica y no la nuestra, que pretendíamos ir reconstruyendo España dentro del marco legal de una República común para todos. A pesar de ello, con el cinismo que ha caracterizado siempre a la política franquista, se escribió lo siguiente en dicho manifiesto : « En estos momentos es España entera la que se levanta pidiendo paz, fraternidad y justicia ; en todas las regiones el Ejército, la Marina y las fuerzas de orden público se lanzan a defender la patria ». ¿ Contra quién ? También lo decía el manifiesto : « Contra los explotadores de la política, los engañadores del obrero honrado, los extranjeros y extranjerizantes que directa o solapadamente intentan destruir a España ».

La mejor prueba de que no se levantaba España entera contra la República está en la duración larguísima, de casi tres años, que tuvo la resistencia heroica del pueblo inerme y abandonado por los regímenes democráticos contra la mayoría de nuestro Ejército armado y dirigido por los regímenes fascistas de Italia y Alemania. Y en cuanto a los tópicos de los explotadores políticos y engañadores de obreros y de la destrucción de España por extranjeros y extranjerizantes, ¿ se atrevería a repetirlos hoy el mismo Franco, a pesar de su asombroso desenfado ? Me figuro que no. Se lo impedirían, por lo que hace a lo primero, la serie de inconcebibles peculados que han enriquecido monstruosamente a muchos de sus colaboradores y la sangrienta burla de una demagogía sindical nutridora de pescadores en río revuelto ; y respecto a lo segundo el recuerdo de la actuación durante nuestra guerra de los mandos militares alemanes y de las tropas italianas y las sombras funestas que en la postguerra proyectaron simultáneamente el Pacto de enajenación de nuestra independencia nacional al Gobierno de Estados Unidos y el Concordato de hipoteca al Vaticano de las almas y los bienes del pueblo español.

La retórica pacifista y fraternal camuflaba con singular desparpajo en todo aquel escrito señero. Véanse los párrafos más sobresalientes. « Las Instituciones, sean cuales fueren, deben garantizar un minimum de convivencia entre los ciudadanos ». « El espíritu de odio y venganza no tiene albergue en nuestros pechos ». « Sabremos salvar cuanto sea

compatible con la paz interior de España y su anhelada grandeza ». « Haremos reales en nuestra patria, por primera vez, y por este orden, la trílogía Fraternidad, Libertad e Igualdad ». Finalmente, esta es la síntesis, palabra por palabra, del paraíso que brindaba Franco para después del triunfo : « Justicia e igualdad ante la Ley os ofrecemos. Paz y amor entre los españoles. Libertad y fraternidad, exentas de libertinaje y tiranía. Trabajo para todos. Justicia social llevada sin enconos ni violencias y una equitativa y progresiva distribución de riqueza sin destruir ni poner en peligro la economía española ».

Los antirrepublicanos seducidos de buena fe por tales perspectivas, que los hubo y en gran número, tuvieron que llamarse pronto a engaño. Hasta del seno del más rancio falangismo salieron voces cada vez más fuertes y rotundas de disconformidad con lo que se hacía. Así tenía que suceder. Entre lo prometido y lo realizado existió desde el comienzo el abismo de lo radicalmente dispar e inconciliable. Se prometió la fraternidad y se realizó el fratricidio. Se prometió la igualdad y se realizó la discriminación. Se prometió la libertad y se realizó la tiranía. Se prometió la justicia y se realizó la arbitrariedad. Se prometió la equitativa distribución de la riqueza y se realizó la constitución de un pequeño grupo de multimillonarios a costa de una inmensa masa de multimiserables. Y aunque Franco no prometió en su manifiesto la moralidad, se realizó y se sigue realizando una honda y extensa inmoralidad en casi todos los sectores de la vida pública y en bastantes de la vida privada con gravísimo quebranto de las normas éticas de nuestros pueblos.

Este triste panorama, que revela de modo irrefutable el fracaso de una revolución pretenciosa, ha acabado por impresionar a todas las capas de la sociedad española, que temen un desenlace funesto si no se aciertan a encontrar pronto el remedio para tanto mal como se padece y la pauta para el establecimiento pacífico de una nueva orientación salvadora. Signos evidentes de esta inquietud han sido los recientes acontecimientos estudiantiles y obreros, a los que callada y constantemente se va sumando el profundo descontento producido en la clase militar por el último gran fiasco internacional de Franco y el desasosiego evidente en que se debate la Iglesia nacional por causa del remordimiento que le produce una complicidad con el franquismo que ahora quisiera no haber tenido. Todo esto junto, más la quiebra financiera ya incontenible con sus consecuencias bancarias, agrícolas, industriales y comerciales, han formado una atmósfera absolutamente irrespirable para el régimen político que esclaviza a nuestra patria.

Nosotros hemos de recibir complacidos esta crisis de desmoronamiento sin demasiado optimismo y desprovistos de encono. La putrefacción del régimen está en su grado máximo y todo hace presumir su próximo derrumbamiento, el cual estamos obligados a evitar que resulte catastrófico para la normal continuidad de la vida española. Dentro de la patria hay una juventud intelectual y obrera ansiosa del cambio esencial, pero con el alma limpia de rencores, que quiere superar lo diferencial de nuestra guerra y buscar por encima de ella los elementos de una posible concordia. Grandes sectores de la vieja guardia republicana del interior, que por haber sufrido mucho están en disposición de poder perdonar mucho, aspiran a algo semejante. Y entre los intelectuales arrepentidos del falangismo se comienza a hablar de lo eficaz que sería reanudar el diálogo con los intelectuales exilados. Todo esto crea un clima moral muy distinto de aquél en que nos habíamos acostumbrado a vivir desde 1939. ¿Cuál habrá de ser la reacción de los españoles del exterior frente al hecho nuevo ? ¿ De acomodación ? ¿ De examen crítico antes de decidir ? ¿ De repulsa ? Grave y difícil es el empeño de contestar acertadamente a estas preguntas. El Gobierno solamente se cree en el deber previo de advertir que en la respuesta a

ellas está la posibilidad o la imposibilidad de rehacer a España, a esta nuestra España tan quebrantada y dividida, en un plazo relativamente breve y dentro de un ambiente de mutua comprensión y tolerancia.

En la patria esperan ansiosamente nuestra decisión, que se apetece sea pronta y clara. Contrariamente a lo que opinan los pesimistas, la España solariega piensa en la España viajera hoy más que nunca y tal vez valorizándonos con exceso. Estamos obligados a no defraudar la expectación que sin proponérmolo hemos provocado en los sectores antifranquistas del interior. Tenemos que opinar para ellos, previo diálogo o sin diálogo previo, y hemos de definir cómo y hasta qué extremo podremos cooperar eficazmente a la empresa conjunta. El franquismo se derrumba irremediablemente y el problema no es ya tanto el de la manera de hacerlo caer como el del medio de impedir que su hundimiento arrastre algo vital que precise subsistir. El instrumento eficaz para conseguir que durante el proceso de transición se conserve lo que deba conservarse lo hemos de elaborar entre todos y entre todos hemos de utilizarlo, denodada y altruistamente. El tránsito de un sistema a otro sin conmociones caóticas es la tarea ingente y la indeclinable responsabilidad de los de dentro y de los de fuera, de cuantos sintamos en las entrañas el imperativo de la España eterna. Sería un dramático error creer que esta obra magna puede desarrollarla un partido o una conjunción de partidos. La obra será nacional, arribatadoramente nacional, místicamente nacional, o no será LA OBRA.

En este aniversario, que debe ser el último de nuestro exilio y de la opresión en España y el primero de nuestra colaboración dentro de la Patria para su pacificación y reconstrucción, llamo una vez más al sentido patriótico de los aparentemente irreductibles. Quisiera que ahora mis palabras tuviesen la fuerza de lo decisivo y el brillo de lo luminoso para poder situar a todos en la senda de la verdad, lugar puro en el que nunca podrán caminar ni la soberbia ni el egoísmo ni la petulancia. Por España y para España hemos de encontrar al fin y cueste lo que cueste aquello que nos une y abandonar aquello otro que nos separa. Los hermanos en el sufrimiento que están dentro de España así lo quieren porque lo necesitan y nosotros no debemos defraudarles en su legítima esperanza.

París, 18 de julio de 1956.

Félix Gordón Ordás
Presidente del Gobierno
de la República Española en Exilio

**SAQUE COPIAS
DE LO A CONOCER
HAGALO CIRCULAR**